



## CAPÍTULO XXXIV



pesar de los tristes presagios de Ernestina, el tiempo deslizóse indiferente sobre aquellos infortunados.

Victor dióse cuenta de que Julia sospechaba. Además, desde la memorable tarde aquella, habían convenido en evitar toda aproximación efusiva. Así el uno como el otro guardaban cierto rubor de la confesión pasada. Al escribiendo la inconcebible generosidad de la virgen, el abandono resuelto de aquella cosa tan preciada que nunca se atrevió á soñar, le llenaba de un santo respeto. Sentíase indigno, recordábalo en un espasmo de aturdimiento, igual que si su principal, el banquero poderoso, hubiérale dicho frente á la caja de caudales abierta en ofrecimiento de un

tesoro, la horrible frase de Ernestina: «¡Tómalo!» ¡Oh, aquellos espantosos delirios de las penumbras!

También creíalo delirio Ernestina, y arrepentíase. Igual que Víctor, adivinó que Julia la vigilaba.

Poco á poco, su manera de vivir hacía regular y metódica.

El escribiente levantábase á la misma hora y marchaba á la oficina con su traje pulcro, un poco pasado de moda, que olía á bencina. Regresaba á la una, hallaba á Julia malhumorada, cruzada de brazos tras el balcón del comedor, curioseando, para distraerse, lo que pasaba en las galerías de enfrente.

Doña Rosa, salía de la cocina con las greñas flotando y la sopera humeante entre manos.

—¡A la mesa!

Mercedes, que tenía más apetito, sentábase la primera, tarareando algún aire organillesco.

La última en aparecer era Ernestina. Salía del taller con su aire serio y amable, quitándose los hilachos que habían quedado pegados á su ropa, la madeja de algodón colgada del cuello, la blusa llena de toda clase de agujas, la cara llena de un suave encanto melancólico. Al sentarse miraba á todos para poder mirar á Víctor y era la mirada á él de una preferencia sólo por él adivinada.

Después, iniciando una mueca de asco al recibir el vaho grasiento de la comida, haciendo esfuerzos, comía sin gana su minúscula colación.

A las dos, cuando aún Víctor, que tenía pesadas las digestiones, permanecía acodado en la mesa, ya alzados los manteles, llegaban las oficialas de Ernestina. Muchachas vivas y alegres que movían á todas partes los ojos investigadores, posando una mirada en la barba negra del escribiente que hallaban viril y bonita.

A las tres marchábase otra vez á la oficina. El movimiento de la calle le despejaba algo. Era trabajador y poníase á la labor con entusiasmo. Al terminar, otra vez á casa y la escena de la mañana se repetía.

Engullían silenciosamente su cena de pobres. A lo más, Julia y su madre malhablaban de algún vecino ó Mercedes narraba alguna historieta boba.

La mujer de Víctor que habíase vuelto dormilona se iba pronto á la cama. Doña Rosa fregaba los platos y Mercedes, ayudándola, canturreaba un vals de moda.

Aquel era el único rato del día en que Víctor y Ernestina veíanse sin estorbos. Cobardes, bastábales con mirarse de lejos, bajo el quinqué de acetileno.

Extasiábase Víctor en la contempla-

ción del cabello sedoso de tonos pálidos que nimbaba el rostro lánguido y resignado de Ernestina; su cuello delgado, de una flexibilidad romántica, blanco y suave; el encanto celestial de los ojos azules, serenos, compasivos y la adorable nobleza de la frente marchita, poetizado por un velo de tristeza perdurable. Mientras, recordaba que toda aquella delicada hermosura se le había ofrecido, y que sus labios podían posarse libremente en ella como sobre una reliquia venerada.

¡He aquí el innarrable tormento de Víctor!

Ernestina, cuya salud no le permitía pasarse las noches en vela, doblaba pronto la costura y, al pasar cerca de él, invariablemente, pedíale una cerilla para encender luz en su cuarto. Despedíanse con una breve mirada de insaciados.

— Buenas noches...

— Buenas noches...

La casa caía en un silencio espeso

\*\*\*

Hacia la primavera comenzó Julia á engordar. Al comunicárselo á Víctor, éste no halló disculpa ante su propia conciencia. ¡Oh, vil claudicado! ¡Oh, miseria!

Antes de dar á luz su hermana, Er-

nestina volvió á estar en peligro de muerte. Aquella pobre carne suya, macerada por todos los dolores, era propicia para todas las enfermedades. Con todo, el médico había cambiado de opinión y aseguraba que Ernestina podría vivir aún mucho y hasta llegar á vieja. ¡Dios mío, llegar á vieja, ahogándose por nada, por unas cuantas escaleras subidas, por una pequeña cáminata!

¡Vivir así, gimiendo y llorando, entre retazos é hilachas, sobre diez metros de ladrillos sucios y con la única distracción de la chiquillería de Víctor, de los pingajos del río, del lento caminar de las aguas sucias! ¿Por qué, pues, había sentido aquella desconsoladora poesía de una vida que se hundía y aquel frío santo de predestinada y aquella austeridad agorera? ¡Era tarde, era tarde para la redención! Y aún le quedaba media vida. Y luego, aquel Víctor, tan sumiso y tan humilde.

El pobre Víctor... Tenía gris la barba, y era un modelo de esposos y de padres. Su espíritu casero se fué acomodando á las exigencias de Julia. Un día, la vecina del segundo, la señora asmática, se murió, y Víctor, al domingo siguiente, ocupó su puesto en la mesa de brisca. Tenía por compañera á Julia.

Sobrevino una jugada que ponía en

peligro á su suegra y á Mercedes, y se entusiasmó.

En el cuarto de detrás, bien lejos para que no estorbasen, los chiquillucos armaban zambras. Ernestina tenía enfaldado al más chico. Lucía los mismos ojos que el padre, y era blanco y gorduzuelo. Ella, con una suave ilusión, los besaba.

—¿Me quieres?

—Mucho, mucho, mucho...—respondía el pequeño.

—¿Más que á la mamá?

—Sí, sí, sí...

La tía sonreía, dulce y contenta, con un poco de ironía vengativa, en la albu-  
ra de sus labios.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE FISIOTERAPIA  
"ALFONSO HELIOS"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE FISIOTERAPIA  
"ALFONSO HELIOS"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



**D**ESPERTÓ. La luz macilenta y gris que entraba por los postigos entornados impresionóle desagradablemente. Hacía un frío terrible; sobre el hombro, que tenía un poco desabrigado, sentía como un hálito de nieve. ¡Brrr! Tiró de la manta pilosa hasta cosquillearse la barba, y agazapóse voluptuosamente.

Una oleada de pereza le hizo cerrar otra vez los párpados, y el sueño, el dulce sueño de las mañanas invernales, invadióle de nuevo, tenaz.

Juan volvió á roncar sibaríticamente, conmoviendo el espacioso departamento, de casa noble, empobrecida, donde los pocos muebles roídos y polvorientos parecían mirarse con recelo, alejados uno de otro, cada cual en un rincón, entre la penumbra melancólica. Y pasa-

do algún tiempo, cuando Juan volvió á despertarse, lo hizo con gran sobresalto como si, rápido, el agujijón de la conciencia le hubiese penetrado en lo más vivo del alma.

Despererezó el cuerpo largo y huesudo; pensó que debia de ser tarde, y siguió pensando después en otras cosas, porque el pintor gustaba de sumergir su pensamiento en la tibia vaguedad de aquel revivir cotidiano. Las vulgaridades de la vida, dentro de aquel baño, tomaban apariencias de ensueño, y todo devenía fácil y agradable.

Planos y más planos, en serie solemne, hermanados con ideales concepciones y firmes propósitos de trabajo y de enmienda, seguían después; y por fin, en medio de resplandores y de gloria, aparecía una doncella de cara ovalada y pálida, que en actitud ingénuo le ofrecía su mano blanca.

¡Oh! ¡no!... ¡Basta de perezal Y Juan saltó á tierra, arrastrando las ropas del lecho, que recogió y apartó despreciativamente, mirándolas con recelo, dirigiéndolas un mohín de escándalo.

Despatarrándose para mantener el equilibrio, pues avanzaba sobre los talones para no sufrir la impresión desagradable de los ladrillos fríos, aproximóse al balcón.

Agachado y torciendo la cabeza ha-

cia lo alto, llegó á avizorar, sobre las casas altísimas del antiguo callejón, un trozo de cielo azul, de aquel azul profundo y brillante, propio de los días esplendorosos.

Juan experimentó una gran alegría.

Sobre el mármol de una ajeja cómoda, un reloj de plata tictaqueaba como una pequeña langosta. Sus agujas inexorables marcaban las once, viendo lo cual, Juan sacudió desesperado sus rizos negros y lustrosos, y un estremecimiento de frío y de remordimiento conmovió sus piernas de martín pescador. Otro día perdido. Jamás podría conformarse con aquella luz fría y macilenta, como de alba, que se filtraba por el estrecho callejón.

Comenzó á vestirse apesarado por la desdicha de no contar con una habitación muy elevada, de cara al oriente, pequeña y limpia, sin vidrios polvorientos ni manchas en el pavimento, ordenada por las manos de una mujer, Y sintió más que nunca la tristeza que le daba el vivir en aquella inmensa casa. Raro vivir el suyo, perdido en un laberinto de habitaciones grotescamente arregladas para realquilar á los jóvenes que hacían comedia ó bailaban en ellas, los domingos y días festivos.

A Juan le pareció que toda su falta de voluntad, toda su poca energía en el

trabajo la debía á aquel piso, donde las cosas iban mellándose, sin que jamás fuesen renovadas, donde el polvo era inagotable, donde la luz gris como el polvo se hermanaban de tal manera, que un velo candoroso parecía bajar por los balcones y cubrirlos como una mortaja.

Juan tosió; una zalagarda pastosa zumbó en sus pulmones, y nuestro artista, harto aprensivo, creyó que también él se arruinaba como los bienes propiedad de su abuelo; como el teatrillo roído por el tiempo, consumido por la humedad; como las mesitas de café, de mármol basto; como las sillas de asientos destartalados; como los *portiers* y lambréquines con flecos llenos de filamenlos y telarañas; como las lámparas y candelabros de cristal que iban empañándose poco á poco, cual si recibieran el efluvio de un gas maléfico y corrosivo.

Limpio, aliñado, trazada la raya, hechos los bigotes, peinada la barba, la corbata anudada con estudiada negligencia, atravesó sus dominios y entró á la cocina. El abuelo había salido. En los hornillos, cerca de las brasas cubiertas de ceniza, un pote de latón dejaba escapar un vapor que olía á café barato.

Juan pensó mojar un panecillo en aquel café, pero no dió con él. Registró inútilmente un pequeño armario de

estantes grasientos que olía á rancio, á cebollas y á arenques. El pintor, lleno de conmiseración por su desdicha, reflexionaba, hundidos los dedos de la mano izquierda en su poderoso bigote.

Disculpaba á su abuelo, que no podía soportar á ninguna sirvienta gracias á su genio áspero y gruñón. ¡Pobre abuelo, andando siempre inquieto tras la mensualidad de sus informales inquilinos, siempre alerta para que no le estafaran, vigilando á los tesoreros de aquellas minúsculas sociedades que se formaban y se disolvían como las ondas del mar, como las tempestades estivales, como el llorar de los infantes y el reír de las mujeres.

Ni una vacilación, ni una duda sintió el artista en aquel instante de prueba; y vació de un sorbo el pote del café, requirió el gacho sombrero, se lo puso con gran cuidado sobre la admirable raya y partió.

Al atravesar el umbral, antes de embestir la calle, encendió la pipa, luego se estremeció, encorvóse y con las manos en los bolsillos subió la calle á pasos desmesurados.

Al fin de las dos teorías de casas altas y pardas, una cortina de sol daba un perfil de oro pálido á los transeuntes. Sintió un impulso de avaricia ante aquella tibieza y luz que bajaba como

una gran gasa apoteósica, y aceleró el paso; volvió á estremecerse—esta vez de gozo—y dióse á cantar el *racconto* de *Lohengrin* invadido por la alegría inconsciente que antes había experimentado al descubrir el azur resplandeciente.

Juan, aquella mañana, como todos los días que se levantaba tarde, no trabajó. No valía la pena de poner colores en la paleta; y, decidido, dirigió los pasos á un lugar consolador donde todas sus preocupaciones se bañaban de dulzores poéticos, donde los pensamientos acusadores se desvanecían borrados por una contemplación absorbente y fervorosa, y donde el espíritu caía poco á poco en una especie de somnolencia panteística, en una corriente de amor excelso, llena de sensaciones vagas y exquisitas.

Este lugar era el Parque. Allí el artista soleaba su pereza, que entonces perdía su carácter estéril y embrutecedor y volvía noble y fecunda, como en la gestación de la obra futura, aquella obra triunfadora que todo artista sueña y jamás empieza. Juan, en la tibieza suave del soleado jardín, recomenzaba el ensueño iniciado al despertar. Pero ahora, en lugar del vaho insano de la alcoba, llegaban hasta él, mezclados con resplandores y trinos, los olorosos efluvios de plantas balsámicas.

Caminaba poco á poco por las grandes avenidas, haciendo crujir la arena, lanzando por la nariz y boca una humareda azul, con los ojos cerrados por la embriaguez, y saboreaba el tabaco con voluptuosidad enervadora. Sorbía, tamiéndolos por los cerrados párpados, los tonos perleños de la niebla que envolvía los desnudos árboles, surgiendo de las masas oscuras de los eucaliptos salpicados de manchas luminosas y notas esmeraldinas. El alma se le desentumecía exasperada, por la suavidad maravillosa de aquellos fondos de jardín señorial, en los cuales, sobre el verde aterciopelado de la yedra, se destacaba la patinada blancura de una estatua.

Una débil parlería de pájaros ofase doquiera. Juan los veía revolotear en la obscuridad misteriosa de los cedros sombríos, haciendo temblar las gotas diamantinas que colgaban de la punta de las hojas.

El artista, boquiabierto, seguía avanzando, con la cabeza beatíficamente inclinada, las manos contra la espalda, la mirada vaga.

De vez en cuando, algún convalesciente, alguna virgen pálida, algún coche de lujo con las cortinillas corridas, ó alguna pareja misteriosa, hacíanle filosofar un instante; pero sus filosofías eran serenas, de un optimismo bonachón.

Aquella mañana pasó para el artista como muchas otras. Recostado sobre un banco de madera de encorvado respaldar, empapándose de sol, disfrutaba de una suprema laxitud cuando dió la una el reloj de Santa María.

La faz hosca del abuelo, la invariable sémola, el perfil napoleónico de los garbanzos bruñidos y duros y el frío ambiente de la casa inmensa, fueron allí á turbar el bienestar del artista.

Y en pos de aquellas cosas abominables, dirigióse hacia la ciudad, internóse en sombríos callejones, pasó entre la gente laboriosa y tuvo el extraño capricho de pasar ante la escalerilla de su taller.

Sobre los manteles, harto tiznados, de la mesa del abuelo, había una carta. Era de la virgen que todas las mañanas entre nimbosos resplandores de gloria, se le aparecía tendiéndole su mano de enamorada.

Juan habíala querido sobre toda cosa desde el día en que allá en su pueblo la viera triscar sobre la arena de la playa, envuelta en la palidez de un crepúsculo primaveral. Entonces aun iban al colegio. Por esto, Juan, después de tanto tiempo, aunque continuaba queriéndola, ya no sentía impacencias ni impulsos atormentadores. Su constancia era casi una obligación que se había impuesto:

alimentaba su amor un recuerdo lejano, una poética visión de su adolescencia: unos cabellos ondeantes sobre una espalda tierna y palpitante, unas pequeñas faldas que revoloteaban sobre unas piernas sutiles, una risa cristalina y unos ojos muy pícaros.

En la carta había acentos de virgen quejosa por la espera, y, después de rogarle que trabajase mucho porque no le era posible vivir, aunque llena de incertidumbre, le preguntaba: *¿Cuándo?*

Juan permaneció abatido y también se preguntó: *¿Cuándo?* Seguramente el día que supiese poner en una tela toda aquella hermosura que le extasiara por la mañana: la tibia sonrisa del sol invernal, el ensueño de la niebla, la iriscación del agua de los deshielos, resbalando sobre las hojas estremecidas por el vuelo de un ala sedecia...

Y, aunque apesadumbrado, el artista comió con apetito el cocido del abuelo.

\* \* \*

Por la tarde subió al taller. Quería ganar el tiempo perdido, quería dar una pronta respuesta al *¿cuándo?* inquieto que adivinaba rociado de lágrimas.

El taller era pobre: doquiera veíanse sus fieles trastos viejos que le habían seguido á muchas bohardillas, veteranos que mostraban sus heridas, al amparo

de la claraboya de cristales decoloridos, á través de los cuales pasaba una luz triste que amodorraba. Pendían de las paredes, sus estudios; cada uno recordaba una hora pasada; cada uno tenía una historia melancólica, que su autor revivía al contemplarlos.

En el caballete, veíase, bosquejado, un retrato de mujer, de busto espléndido y ordinario, cara gruesa, innoble y presumida, traje de *faille* negro, enormes alhajas de oro, la frente cubierta por rizos artificiales, y la boca contraída y dura, indicio de su humor, que parecía retar á Juan por el tiempo que la tenía allí olvidada.

El artista se despezó, bostezó dirigiendo un mohín irrespetuoso á la horrible figura. Debía arreglarle un ojo que aparecía vaciado, una mejilla tiznada; debía repasar los pliegues del vestido y abrillantar los diamantes de las alhajas.

Entristecía verle trabajar sin el menor entusiasmo, accionando resignado; á cada instante dejaba la paleta con un mohín de hastío y se entregaba de nuevo á la tarea, lento, vacilando á cada paso.

La tarea era enervante y el pobre pintor sentía que sus energías, que antes despiertas tendían á la deseada celebridad, ahora le flaqueaban, vencidas,

desmayadas, mientras un inusitado cosquilleo corría por su oscura y poblada cabellera, como si el cabello se le encaneciese, como si la nieve de la impotencia fuese cubriendo su cabeza.

Modelaba no obstante las vulgares facciones de burguesa acaudalada, pensando en el precio convenido, y el rostro de la mujer, bajo la caricia lenta é indecisa del pincel de Juan, devenía abotargado, reluciente, craso, y los ojos brillaban con muertos reflejos, parecidos á los del pescado pasado, y la boca se plegaba como pidiendo un cínico beso.

Y esto duró hasta que el artista, cansado de aquella inmundicia, arrojó desesperadamente la paleta y puso la tela de cara á la pared.

Anonadado, vencido, llorando aquellas lágrimas que suelen llorar los artistas en plena agonía de todas sus ilusiones y bajo el anatema de su propia conciencia, arrojóse sobre una otomana.

¡Ah! ¡pobre virgen esperanzada! ¡Pobre abuelo inquieto! ¡Ni por ellos podía continuar Juan su trabajo corrosivo.

El crepúsculo descendió por la claraboya y las sombras envolvieron á Juan, el cual, tendido en la otomana, fumaba su pipa.

Todo se borró; un cuadrado de luz dibujóse en el pavimento, y un profundo

suspiro, impregnado de hiel, voló entre las tinieblas.

\* \* \*

Después de cenar, el espíritu del artista, conservaba el pósito de aquella tarde cruel.

Acodado á la mesa, sin hacerle caso al abuelo, que pasaba una y otra vez por su lado con un gran delantal de cocina sobre su vestido negro, Juan meditaba. La jornada había sido estéril y nada indicaba que pudiese ser más provechosa la próxima, ni las remotas.

—Llevo una carga hartó pesada; quiero amar, quiero una vida plácida, quiero un nombre, una gloria, y todo ello lo espero con impaciencia, porque el tiempo vuela, vuela sobre mí y sobre ella. ¡Si al menos pudiese hacer sonreír al término del mes, al infortunado anciano que me cuida y me pone la mesa!...

Vagamente trazaba el programa para el día próximo,—y esto acostumbraba hacerlo con frecuencia;—nada de alegrías ni satisfacciones; nada de sol ni de jardines brumosos; muy de mañana procuraría menguar la hinchazón de la campesina dominguera, la retocaría hasta que perdiese su aspecto de figura de cera, rígida y viscosa; le animaría los ojos y las gemas de las alhajas y po-

dría cobrar pronto. Luego, inmediatamente, empezaría los estudios necesarios para una obra de valía.

Al lado de mis habitaciones, separados por un solo tabique, los jóvenes de la sociedad «Aurora,» ensayaban. Oíanse sus pasos, el rechinar de las tablas del decoyuntado teatro y sobrepujando los discretos diálogos, una voz de barítono fiera y heroica, recitaba.

*Venid á mí, cobardes insolentes  
y probaréis el peso de mi mano...*

Después armaron gran batahola; el director de escena impuso silencio y habló de arte, de estética y de efectos escénicos.

Juan, que pensaba empezar enseguida su regeneración y se había retirado á su cuarto, renunciando al café y á los compañeros, comprendió que de nada le serviría su austeridad; no podría dormir, y á la mañana siguiente se levantaría tarde, como siempre.

Estaba á obscuras, y acercóse al balcón.

A cuatro metros escasos de él, en la casa de enfrente, una casa de pobres que ni cortinillas tenían en las ventanas, bajo un pequeño mechero de acetileno, dos enamorados mirábanse fijamente con ojos fulgurantes. Una viejecita les hacía compañía, pero la viejecita se durmió, y ellos... ¡oh, ellos!... Juan les

envidió y pensó en aquella mujer lejana que también tenía á veces fuego en los labios, pensó en el *¿cuando?* y se entristeció de una manera insoportable.

A las doce en punto, los aficionados abandonaron el ensayo, y el pintor, ya acostado, temblaba aún arrebujaado entre las frías sábanas. Oyó como el abuelo cerraba la puerta de la escalera y como sus pasos de viejo decrepito se alejaban, se alejaban hasta perderse en el gran silencio de aquella casa inmensa.

## UNA AGONÍA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MAY 1825 MONTERREY, MEXICO



**E**RA un atardecer. Por la entreabierta ventana de la cocina entraba un pálido rayo de sol que lentamente iba debilitándose; al lado del fuego una viejecita, sentada en una silla, rodeada de almohadas, se moría más lentamente aun.

No había remedio. Doce años hacía que aquella existencia iba poco á poco apagándose, tan imperceptiblemente que había llegado á su término sin que nadie se preocupase de ello. La nuera trasteaba por la cocina, entregada á sus quehaceres, y una mujer á quien llamaron para que la acompañara, permanecía derecha, cruzados los brazos, mirando de hito en hito á la agonizante, cual si esperase ver de un momento á otro salir de aquel cuerpo miserable y lastimero el alma libertada.

A veces, una y otra, cambiaban algunas palabras en voz baja, se acercaban á la pobre abuela, la contemplaban por unos instantes atentamente y volvían una á su lugar de observación y otra á los hornillos donde hervía una cazuela.

La claridad apagábase poco á poco; afuera, el cielo verdoso iluminaba melancólicamente el paisaje, manchado por los tonos amarillos y enfermizos del otoño; acá y allá las hojas caían pausadamente, revoloteando indecisas; el aire puro y transparente traía, sin debilitarlos, los rumores lejanos; gritos de los chiquillos que jugaban, ruido de carros que llegaban y al pasar refregaban las paredes con las haces de leña de que iban repletos, oscureciendo súbitamente la habitación al cruzar el ventanal; y siempre atolondrada y continuada, la parlería inmensa de los gorriones que revoloteaban pululando por los setos del torrente.

—Tarda mucho el *hereu*—dijo la vecina, como amedrentada de encontrarse sola entre aquella semi-obscuridad.

La joven encendió la luz trémula y miró en seguida hacia el rincón donde la anciana agonizaba. Esta permanecía en la misma postura: su cabeza, coronada de desgredñados cabellos que salían del gorrillo como blanca

espuma, le caía sobre el pecho y allí se mecía al compás de su débil respiración que salía silbando y acelerada de la boca entreabierta, cuyo labio inferior pendía marchito. Su cara tenía una expresión de terquedad, y sus ojos, en las cuencas violáceas, permanecían fijos, extrañamente fijos, mirando al suelo con espantosa atención. Un sudor viscoso anegaba todo su cuerpo y la agitaba un débil temblor.

Poco después oyóse rechinar una puerta, y luego, á la entrada, un golpe como si descargasen algún peso y el *hereu* introdujose en la cocina con pasos precavidos y religiosos.

—¡Gracias á Dios!

Y las dos mujeres lanzaron un suspiro.

—¿La madre?

—Sí, ella, ella.

Y la joven la indicó con un movimiento de cabeza, mirando al advenedizo á la vez con respeto y pasión.

El *hereu* adelantó unos pasos hacia el banco del hogar y sentóse en él pesadamente, como si una fatiga terrible doblegase sus piernas. Fijó la mirada en su madre; no estaba afligido; una estúpida resignación le abatía. No había remedio, y en su interior repetía: «Se muere, se está muriendo»; y buscaba lágrimas de desesperación; quería recordar lo que

había sido para él aquella santa mujer; pero hacía tanto tiempo que era no más que un cuerpo vegetativo, que no podría ya añorar sus solicitudes, ni su estimación; y seguía mirándola, mirándola, como si sintiese la necesidad de gravar cuando menos aquella fisonomía demacrada é inexpresiva, en su corazón, para conservarla como una reliquia, como un recuerdo sagrado, el único que quedaría de su madre.

Así permaneció largo rato. Entre tanto, silenciosamente, llegaba una paqueta: dió las buenas noches moviendo apenas los labios contraídos por una mueca de aflicción. No se había enterado de nada: al volver del campo le dieron la mala noticia, y quedó, como los demás, mirando á la enferma, inmóvil, cruzando las manos que traía dispuestas á hacer algo, sin esperanzas de ser útil.

La noche había interrumpido los rumores exteriores; reinaba un silencio pesado y azorante.

Todos creían ver en el rincón más obscuro de la ennegrecida cocina la imagen de la muerte, rígida, fosca, que esperaba con impaciencia, mientras sus alas de murciélago, grises y membranosas, temblando de deseo, levantaban un airecillo imperceptible que hacía ondular la llama humosa del candil y es-

parcía por la estancia un hedor de tumba.

El trabajo lento, cansado, monótono de la luenga agonía, continuaba. Los hilos misteriosos que retenían aquella alma iban rompiéndose poco á poco, uno á uno, consumidos por un fuego desconocido é invisible.

El silencio se hacía más profundo, más profundo á medida que se acercaba el instante supremo.

De pronto resonaron recias pisadas y potentes, y una voz sacrilega, descarada y fresca, gritó:

—¡Anita! ¡Anita! ¿Dónde está Anita?

Y una mujer gruesa, robusta y hermosa avanzó sin miramiento alguno, llevando en brazos á un niño rubio, alegre, de ojos claros y expresión angélica.

Sin duda no sabía lo que en aquella casa pasaba.

—Madre está agonizando — dijo la nuera en voz queda.

La advenediza abrió la boca en señal de sorpresa; confundida y avergonzada murmuró:

—Si puedo servirlos en algo...

Y quedó en mitad del umbral, aguijoneada por una curiosidad invencible.

Los demás hicieron un signo expresivo; no había remedio. Allí solo se

borraba una sombra venerada; se consumía una figura triste y respetable, que desde mucho tiempo decoraba aquel rinconcito de la cocina, inmóvil y muda, sin ocasionar molestias, esperando aquel instante con el aire de la paciencia y resignación que la caracterizaba en vida, una vida de sacrificios, llena de congojas y fatigas. Ni aun les daba trabajo en su agonía, no necesitaba nada: moría dulcemente, como dulcemente viviera; en su rostro aun parecía haber así como un gesto de humildad y de excusa por la insignificante molestia y la aflicción, aun exígua, que causaba. La anciana se entregaba buenamente: no luchaba con la eterna igualadora de las cosas.

En torno á ella no había dolor, ni gritos, ni desesperación, ni palabras de despedida: una paz soberana envolvía el final de aquella existencia, que se extinguía, después de cumplida su misión, con la tranquilidad del que rendido por el trabajo, se deja caer en el suelo, relaja sus miembros y se entrega al sueño.

La criaturita miraba de uno á otro lado, sin duda esperando algún mimo, y la madre la besaba ahogando el chasquido de sus besos; y, acariciándole, como si tuviese miedo de que interrumpiese con algún grito estridente la

solemnidad de aquella escena, á ras de oído le decía:

—Mira á la pobre María, mírala—y le indicaba el rincón donde yacía la anciana, y le cogía el bracito, haciéndoselo agitar lentamente, aconsejándole: Hazle adiós á la María, hazle adiós.

Y el pequeñuelo movía torpemente la rolliza y tiernuca manecita; su menuda boca se preparaba á sonreír y sus azules ojos, transparentes y luminosos, miraban á la que exhalaba el supremo hálito de vida.

El corazón preñado de dulzura de la viejecita, latía cada vez más lentamente, con mayor fatiga, como un péndulo sin empuje, abandonado á la fuerza tiránica de la tierra que lo sorbía, inmovilizándolo.

Y el corazón dió el último latido y la última burbuja de aire salió de los paralizados pulmones, y la boca habíase contraído con una mueca estremecedora, una sombra acompañó la mirada y la cabeza inclinóse sobre el hombro, abrumada por la pesadez de un sueño invencible.

Algo solemne y grandioso inundó el reducido espacio... todos permanecieron afectados por la sublime sencillez de aquel acto, para ellos tan imponente y terrorífico.

Las piadosas mujeres cerraron los

ojos á la difunta, mientras el *hereu* se arrodillaba mecánicamente.

Un murmullo de rezos conmovió el helado ambiente mortuario, y la manecita del infante, torpemente, seguía moviéndose, diciendo:

—¡Adiós, adiós María; adiós, adiós!

PRUDENCIO BERTRANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
Apdo. 1925 MONTENREY, MEXICO



**B**ERTRANA, novelista y pintor, es una de las figuras de más prestigio y relieve de las modernas letras catalanas. Acaba de coronar sus éxitos con la obtención de la Copa de Oro, que ofrece anualmente al mejor prosista catalán, el Consistorio del *Gay Saber*.

Ya sus novelas *Josafat* y *Naufreca*, y sus narraciones tituladas *Crisálidas*, habían adquirido los rápidos honores de la popularidad. Una de estas obras ha sido traducida al alemán. Bertrana pertenece á la escuela naturalista. Mora en la gótica ciudad de Gerona, *tres veces inmortal*, y en aquel ambiente excepcional é interesantísimo desarrolla la mayor parte de sus fábulas, escritas en un idioma consistente, gráfico, que sacrifica el purismo á la expresión intensa, y los tópicos del estilo á la perso-

alidad. La psicología de Bertrana, es sincera, humana, un poco sentimental. Su vaga propensión al sentimentalismo viene compensada por la admirable simplicidad de las tramas, que tiene asomos de la ardua sobriedad rusa.

Sin duda los lectores de la BIBLIOTECA DOMENECH nos agradecerán la publicación de la nueva creación de Bertrana, vertida al castellano por el vibrante y elegante periodista Mario Aguilar; especialmente si se tiene en cuenta que hemos obtenido el privilegio de publicar la versión antes de que lo sea el original catalán.

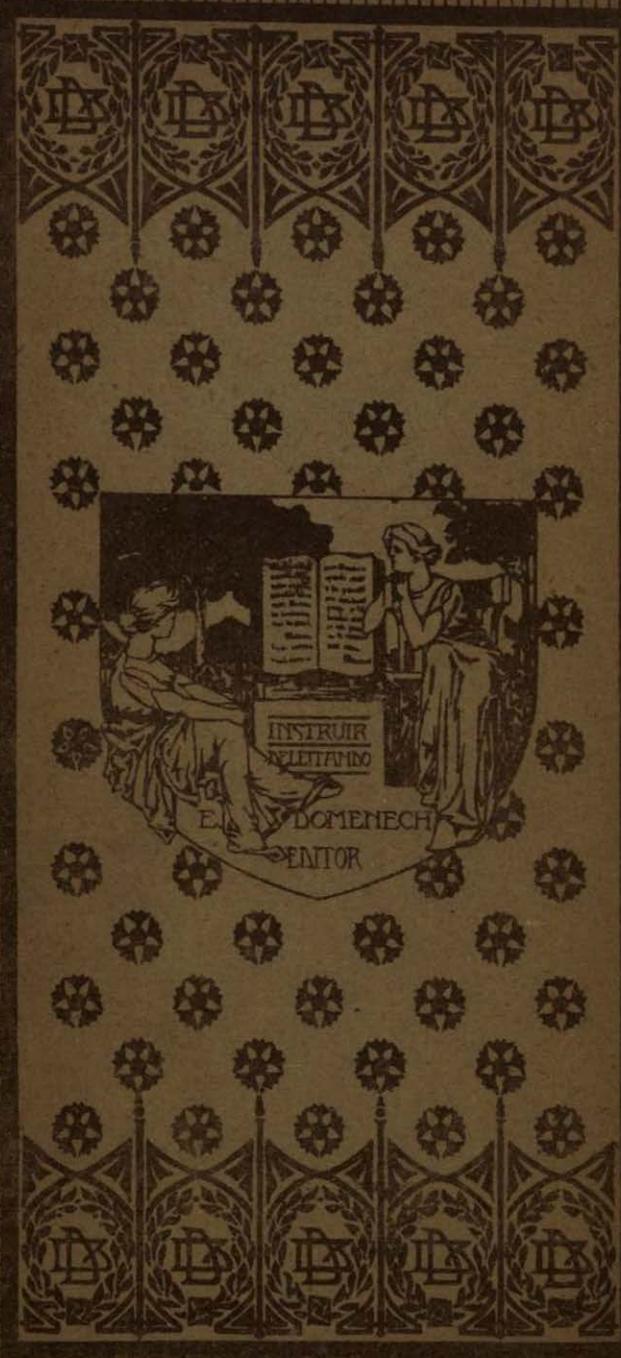
## ÍNDICE

<u>CAPS.</u>	<u>PÁGS.</u>
I . . . . .	5
II . . . . .	11
III . . . . .	13
IV . . . . .	17
V . . . . .	21
VI . . . . .	25
VII . . . . .	29
VIII . . . . .	35
IX . . . . .	39
X . . . . .	45
XI . . . . .	47
XII . . . . .	51
XIII . . . . .	55
XIV . . . . .	59
XV . . . . .	65
XVI . . . . .	69
XVII . . . . .	73
XVIII . . . . .	81
XIX . . . . .	85
XX . . . . .	89
XXI . . . . .	93
XXII . . . . .	103
XXIII . . . . .	107

<u>CAPS.</u>	<u>PÁGS.</u>
XXIV . . . . .	115
XXV . . . . .	123
XXVI . . . . .	129
XXVII . . . . .	133
XXVIII . . . . .	139
XXIX . . . . .	145
XXX . . . . .	151
XXXI . . . . .	155
XXXII . . . . .	163
XXXIII . . . . .	175
XXXIV . . . . .	187
Jornada de artista . . . . .	193
Una agonía . . . . .	209
Prudencio Bertrana . . . . .	219

32999

N  
B548e



PC3941

.B43

E7

FL

114154

AUTOR

PERTRANA, Prudencio

